

20. EL SEÑORIO DE LOS HIJOS DE DIOS

Capítulo 20 de la publicación 'interna' del Opus Dei: Vivir en Cristo

Somos hijos de Dios, y de El hemos recibido el dominio sobre los bienes del mundo. *Henchid la tierra* -dijo el Señor a nuestros primeros padres-, *sometedla y dominad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre los ganados y sobre todo cuanto vive y se mueve sobre la tierra* 1. El Señor nos creó para Sí; y todas las demás cosas las puso a nuestro servicio, para que nos ayuden a recorrer el camino que El nos ha señalado.

Las cosas de la tierra son buenas, porque proceden de Dios. Y porque son buenas, son apetecibles: contienen la capacidad de atracción suficiente para que su uso -necesario- no repugne al corazón, que está hecho para el Señor. Los bienes de la tierra son objetivamente buenos como medios, como instrumentos. Y en esa medida han de ser queridos por los hijos de Dios.

NECESIDAD DE LA TEMPLANZA

Con el desorden introducido por el pecado en la naturaleza humana, con la trágica ceguera de la mente del hombre y el desvío de su corazón, apareció en él una monstruosa capacidad de idolatría. Las cosas buenas, por la concupiscencia de los hombres se tornaban malas. Y lo que debía ser camino se hacía meta. Perdió el amor su honestidad: dejaron de amarse los bienes porque eran buenos, y empezaron a ser amados únicamente porque procuraban goce, satisfacción. Disfrutar a todo coste: he aquí la ley del desorden. El hombre se abalanzó sobre las cosas sin

(1) *Genes.* 1, 28;

medida, sin regla, sin templanza; y quedó con el corazón inquieto y triste.

De este modo, los bienes de la tierra, puestos para servirnos en el camino hacia el fin, se convirtieron en tiranos. Cuando el hombre se rebeló, y no quiso tener a Dios por su Señor, se halló subyugado, esclavizado por una multitud de señores despiadados, que presentaban como título de realeza su capacidad de poner en el corazón un goce pasajero y limitado, incapaz de llenarlo. *Ninguno puede servir a dos señores, por que o tendrá aversión al uno, y amor al otro, o si se sujeta al primero mirará con desdén al segundo. No podéis servir a Dios y a las riquezas;* Fue un aviso de Jesucristo, un aviso amoroso, para quienes quisieran conservar en su corazón la paz de Dios.

Todos tenemos una naturaleza desordenada por el pecado original pero hemos de pasar una y otra vez por entre los bienes de la tierra, santificándolos, usándolos para realizar nuestra misión sobrenatural. Dios que nos ha llamado, nos dará las gracias convenientes. Pero hemos de poner, por nuestra parte, la vigilancia, el ejercicio de la virtud de la templanza, una templanza activa, real, concretada diariamente en nuestro caminar. Nuestro amor es todo para Dios, y la templanza debe guardarlo puesto que, como dice San Agustín, en eso consiste esta virtud: *el amo que se conserva para Dios íntegro e incorrupto* 3.

La vocación nos lleva a todas las encrucijadas de la tierra, trabajando en nuestro ambiente social. Para vivir y para realizar las labores apostólicas, tenemos necesidad de usar medios humanos, que son ordinariamente una de las bases de muchas empresas sobrenaturales. Y para que todo esto sea ocasión real de santidad y apostolado, hay que ejercitarla incesantemente -con heroísmo muchas veces- la virtud de la templanza. Hay que disponer de esas cosas, *utentis modestia, non amantis affectu* 4 con la modestia de quien usa, no con el afecto de quien ama.

DESPRENDIMIENTO DE LOS BIENES TERRENOS

Despégate de los bienes del mundo. -Ama y practica la pobreza .de espíritu: conténtate con lo que basta para pasar la vida sobria y templadamente. -Si no, nunca serás apóstol 5.

Se nos pide un desasimiento habitual; el hábito -obtenido y conservado por la repetición de actos- de estar siempre por encima, des-

- (2) *Matth.* VI, 24;
- (3) San Agustín, *De mor. Eccle. cath.* 1, 15;
- (4) *Ibid.*, 1, 21;
- (5) *Camino*, n. 631;

prendidos de las cosas que usamos. Prescindir de lo superfluo; y, en lo necesario, poner también esa mortificación habitual, que es una garantía de recto uso. *No os acongojéis por el cuidado de hallar qué comer para sustentar vuestra vida, o de dónde sacaréis vestidos para cubrir vuestro cuerpo* 6. Lo que hay que evitar es la solicitud desmedida, el afecto del corazón que intranquiliza. Trabajar por allegar los bienes necesarios, por sentido de responsabilidad y por pobreza; usarlos eficazmente por caridad apostólica. Pero teniendo bien libre el corazón, bien despegado.

Así en cada momento del día. Hemos de saber poner *entre los ingredientes de la comida el riquísimo de la mortificación*. En nuestra vida de familia, puestos *a escoger de modo que la elección pase inadvertida* 7, se ha de procurar elegir siempre para nosotros lo peor. De esta forma tendremos siempre lo justo, lo imprescindible en el vestir, en los objetos de uso personal y de trabajo; sabremos prescindir de algo necesario, porque -como nos dice el Padre- *aquél tiene más que necesita menos* 8. Sin dejarnos sorprender por las argucias del enemigo, con pretextos de naturalidad, hemos de vivir también la templanza, sello de nuestra filiación divina, en nuestras relaciones sociales, profesionales, familiares...

La templanza fortalece, enreca la voluntad, y en cierto modo nos confiere de nuevo aquel dominio sobre las cosas de la tierra que recibieron nuestros primeros padres. La templanza es condición indispensable para vivir vida contemplativa de unión con Dios. Como afirma San Ambrosio, en *la templanza se espera y se busca sobre todo el sosiego del ánimo* 9. Viviendo templadamente tendremos paz, una tranquilidad que nada turba. Buscaremos los bienes de la tierra para servir al Señor, cada uno en su propio estado, bien purificada la intención. Y si esos medios no llegan, si tardan, si se pierden, si son menos de lo que esperábamos, nuestro corazón no se ha de inquietar: trabaja y ama, anclado en la filiación divina. *Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura* 10.

Con medios humanos, con bienes temporales -los que usan todas las gentes, y por los que muchas veces se sienten locamente atraídos- vamos nosotros a servir al Señor. Y el Señor nos bendecirá especial-

- (6) *Matth.* VI, 25;
- (7) *Camino*, n. 635;
- (8) *Camino*, n. 630;
- (9) San Ambrosio, *De Officiis* 1, 43;
- (10) *Matth.* VI, 33.

mente al ver la rectitud de nuestra intención, el uso templado que de esos bienes hacemos; teniendo el corazón desprendido, puesto en Dios y en la extensión de su gloria, sin robarle ni la más pequeña parte de nuestro afecto.

Nuestra templanza bien vivida contrastará, sin duda, con el ambiente ordinario en que nos movemos. Y será un arma apostólica, una llamarada de claridad, un fulgor de señorío, de visión sobrenatural, además de la indiscutible calidad humana que presta. *Los hombres esperan de nosotros ese bonus odor Christi (II Cor. II, 15) que, apoyado en nuestra templanza, les enciende y les arrastre.*

[Volver al índice de Cuadernos 3: Vivir en Cristo](#)
[Volver a Libros silenciados y Documentos internos del Opus Dei](#)
[Ir a la correspondencia del día](#)
[Ir a la página principal](#)

